

Tatle, el *Spectator*, el *Guardián*, y todos esos ensayos agradables y serios que, como la novela, van á buscar al lector á domicilio para surtirle de documentos y proveerle de consejos; que, como la novela, describen las costumbres, pintan los caracteres, y tratan de corregir al público; que, en fin, como la novela, tienden de suyo á la ficción y al retrato. Addison, como amante delicado de las curiosidades morales, sigue complacientemente las simpáticas rarezas de su querido sir Rogerio de Coverley, sonríe, y con mano discreta conduce al excelente caballero á todos los tropiezos que pueden poner de relieve sus preocupaciones rústicas y su generosidad nativa, mientras, al lado de él, el desgraciado Swift, rebajando el hombre al nivel de las fieras y las acémilas, tortura á la naturaleza humana, obligándola á reconocerse en el execrable retrato del Yahu. Por mucho que difieran, los dos trabajan en la misma obra. No emplean la imaginación más que para estudiar los caracteres y sugerir planes de conducta. Contraen la filosofía á la observación y la aplicación. No piensan más que en reformar ó flagelar el vicio. No son más que moralistas y psicólogos. Los dos se concretan á la consideración del vicio y de la virtud, el uno con una benevolencia serena, el otro con una indignación feroz. El mismo punto de vista produce los agradables retratos de Addison y las epopeyas difamatorias de Swift. Los sucesores hacen lo propio, y todas las diversidades de los temperamentos y de los talentos no impiden que sus obras reconozcan una fuente única y concurren á un solo efecto.

Dos ideas principales pueden regir la moral, y la han regido en Inglaterra. Ya se acepta por soberana la conciencia, ya se toma por guía el instinto; ya se recurre á la gracia, ya se confía en la naturaleza; ya

se somete todo á la regla, ya se abandona todo á la libertad. Las dos opiniones han reinado en Inglaterra alternativamente, y la estructura del hombre, demasiado vigoroso y demasiado rígido á la par, ha justificado alternativamente su ruina y su éxito. Unos, alarmados por el ardor de un temperamento demasiado alimentado y por la energía de las pasiones insociables, han mirado la naturaleza como un animal peligroso, y han puesto la conciencia con todos sus auxiliares, la religión, la ley, la educación, las conveniencias, como otros tantos centinelas armados para reprimir sus menores ímpetus. Otros, sublevados contra la dureza de una acción incesante y la minuciosidad de una disciplina hurafía, han derribado guardianes y barreras, y soltado á la naturaleza cautiva para dejarla gozar del aire libre y del sol, lejos de los cuales se ahogaba. Unos y otros, por sus excesos, han merecido su derrota y rehabilitado á sus adversarios. De Shakespeare á los puritanos, de Milton á Wycherley, de Congrève á de Foe, de Sheridan á Burke, de Wilberforce á lord Byron, el desarreglo ha provocado la represión, y la tiranía la rebelión. Ese gran debate de la regla y de la naturaleza es el que se desarrolla aún en los escritos de Fielding y de Richardson.

V

«*Pamela ó la virtud recompensada*, serie de cartas familiares, escritas por una joven, y publicadas á fin de inculcar los principios de la virtud y de la religión en los espíritus de los jóvenes de ambos sexos: obra que tiene un fundamento verdadero, y que, á la vez

que entretiene agradablemente con una variedad de incidentes interesantes y conmovedores, se halla purgada de todas esas imágenes que, en demasiados escritos compuestos para el simple solaz, tienden á inflamar el corazón en vez de instruirle. No cabe engañarse: el título es claro (1). Los predicadores se holgaron al ver venir una ayuda del lado del peligro, y el doctor Sherlock recomendó la obra desde el púlpito. Se averiguó el autor. Era un impresor, hijo de un carpintero, que, á la edad de cincuenta años, y durante sus ratos de ocio, escribía en su trastienda: hombre laborioso que, á fuerza de trabajo y de arreglo, había conquistado la holgura y la instrucción. Era delicado, dulce, nervioso, enfermizo; tenía afición al trato de las mujeres, la costumbre de sostener correspondencia con ellas, hábitos reservados y retirados, y por único defecto una vanidad tímida. Era de principios severos, y perspicaz en fuerza de rigorismo. En efecto: la conciencia es una luz; un moralista es un psicólogo; la casuística cristiana es una especie de historia natural del alma. El que, por inquietud de conciencia, se ocupa en desentrañar los motivos, buenos ó malos, de sus acciones aparentes; el que descubre las virtudes y los vicios en su nacimiento; el que sigue el progreso insensible de los pensamientos culpables y el afianzamiento secreto de las resoluciones honradas; el que puede marcar la fuerza, la especie y el momento de las tentaciones y de las resistencias, tiene bajo su mano casi todas las cuerdas humanas, y no necesita más que hacerlas vibrar con orden para sacar de ellas los acordes más poderosos. En eso consiste el arte de Richardson: combina, al mismo tiempo que observa;

(1) 1741.

hay en él un espíritu meditabundo que desarrolla las ideas del moralista. Nadie le ha igualado en ese siglo condiciones detalladas y comprensivas que, ordenando en vista de un fin único las pasiones de treinta personajes, tejen y coloran los innumerables hilos de toda la tela para hacer resaltar una figura, una acción y una lección.

Esa primera novela es una flor, una de esas flores que no abren más que en una imaginación virgen, en la hora de la invención espontánea, cuyo encanto y cuya frescura superan á todo lo que la madurez del arte y el genio puede cultivar ó componer más tarde. Pamela es una niña de quince años criada por una señora vieja, una semi-criada y semi-favorita, que, después de la muerte de su ama, se ve expuesta á las seducciones y á las persecuciones crecientes del joven señor de la casa. Es realmente una completa niña, candorosa y buena como la Margarita de Goethe, y de la misma sangre. Al cabo de veinte páginas se ve involuntariamente aquel fresco semblante sonrosado, que á nada se ruboriza, y aquellos ojos risueños, tan propensos á las lágrimas. A las menores bondades, se queda confusa; no sabe qué decir, cambia de color, se inclina bajando los ojos; aquel pobre corazón inocente se turba ó se deshace en llanto. Nada de la vivacidad atrevida y de la sequedad nerviosa, que son el fondo de una francesa. Es, «como un cordero», una criatura amada, amante, sin orgullo, ni vanidad, ni rencor, tímida, siempre humilde. Cuando su señor va á abrazarla á la fuerza, se asombra: no quiere creer que el mundo sea tan malo. «¡El señor se ha rebajado hasta el punto de tomarse libertades con su pobre criada!» Por su parte, teme tomárselas con él; escribiendo á su familia, se acusa de decir á menudo *él*, en vez de

su señoría; «pero suya es la culpa si lo hago, por haber perdido toda su dignidad conmigo». Ningún ultraje quebranta su sumisión; él la ha apretado tanto el brazo, que se le ha puesto «negro y azul»; ha hecho más: se ha conducido como un carretero y como un bellaco; por remate, la calumnia delante de la servidumbre; la insulta, y la provoca á hablar; ella no habla, no quiere faltar á su amo. «Señor (responde dulcemente), tenéis el derecho de decir lo que os plazca; mi deber es decir solamente: ¡Dios bendiga á vuestra señoría!» Se arrodilla, y le da las gracias por despedirla. Pero ¡qué resistencia en medio de tanta sumisión! Todo está en contra suya: él es su amo; es juez de paz, una especie de Dios para ella, con toda la autoridad y el ascendiente de un príncipe feudal. Más aún: tiene la brutalidad de la época, la trata con rigor, la habla como á una negra, y todavía se cree muy bueno. La encierra á solas, durante varios meses, con una Celestina, verdadera furia, que la pega y la amenaza. Emplea contra ella el temor, el aburrimiento, la sorpresa, el dinero, la dulzura. En fin—lo que es más terrible—ella tiene contra sí su propio corazón: le ama en silencio. Más todavía: la dañan sus virtudes; no se atreve á mentir cuando tanto lo necesitaria, y la piedad la detiene al borde del suicidio cuando el suicidio parece su único recurso. Una á una se le cierran todas las salidas, en términos que ya no espera nada, se la cree perdida, y se ve venir la última violencia. Pero esa inocencia nativa se ha templado en la fe puritana. Ve tentaciones en sus flaquezas; sabe que «Lucifer está siempre pronto á dar impulso á su obra y á sus obreros»; está penetrada de la gran idea cristiana que nivela todas las almas ante la redención común y el juicio final; se dice que «su

alma es igual en importancia al alma de una princesa, aunque su calidad sea inferior á la del último esclavo». Pueden herirla, maltratarla, abandonarla, hacerla traición; la conciencia y el pensamiento de una eternidad feliz ó desgraciada son dos defensas que no puede destruir ningún ataque. Lo sabe bien, y no tiene otro medio para explicar el vicio que la falta de esas defensas. «De seguro (dice hablando de la Celestina), esa mujer es atea.» ¿No pensáis que lo es? La creencia en Dios, la creencia del corazón, no la frase del catecismo, sino el sentimiento íntimo, el hábito de representarse la justicia siempre viva y en todas partes presente: he ahí la sangre nueva que la Reforma ha infundido en las venas del mundo viejo, y la única que ha sido capaz de rejuvenecerle y reanimarle.

Por ella se siente la joven como vivificada; en los momentos más peligrosos, como en los más dulces, surge ese gran sentimiento: ¡tan enlazado se halla á todos los otros! ¡Hasta tal punto ha multiplicado sus adherencias y hundido sus raíces en los últimos repliegues del corazón! El joven señor piensa ahora en casarse con ella, y quiere estar seguro de que le ama. Ella no se atreve á decirle nada; teme comprometerse; se halla confundida por su bondad, y, sin embargo, tiene que responder. La religión viene á velar el amor en una semi-confesión sublime. «¡Oh, señor! Con la ayuda de la gracia divina, no temo que ninguna muestra de bondad me haga olvidar nunca lo que debo á mi honor; pero mi naturaleza es demasiado franca y abierta para hacerme ingrata, y, si yo debiese recibir una lección que no he aprendido aún, ¡con qué sentimiento bajaría á la tumba, al pensar que no podría aborrecer al autor de mi pérdida, y que en el gran día postrero debería levantarme como acusadora de la po-

bre alma desgraciada, á quien desearía poder salvar!» El se enternece; queda vencido; desciende de la altura en que le han colocado las costumbres aristocráticas, y desde entonces, día por día, las cartas de la niña venturosa cuentan los preparativos de su matrimonio. En medio de esa gloria y de esa felicidad, sigue siendo humilde y tierna; su corazón rebosa gratitud. «¡Esta pobre tontuela, hoy, después de las doce, va á ser tan mujer suya como si él se casase con una duquesa! ¡Oh, qué hombre tan querido y hechicero!» Se enardece, se toma la libertad de besarle la mano. «Mi corazón es tan completamente vuestro, que lo único que temo es andar más solícita de lo que vos deseáis.» ¿Será el lunes, el martes ó el miércoles? No se atreve á decir que sí; se ruboriza y tiembla; hay una gracia deliciosa en ese pudor azorado, en esas efusiones contenidas. Como regalo de bodas, obtiene el perdón de los que la han maltratado. «Le eché los brazos al cuello, y no tuve vergüenza de besarle una, dos, tres veces, una vez por cada persona perdonada.» Entonces hablan de sus proyectos: ella se estará en la casa; no irá á las reuniones; no la gustan las cartas. Ella será la que lleve las cuentas de la casa y distribuya las caridades de su marido; ayudará al ama de gobierno á hacer los dulces, las conservas, las golosinas; vigilará el almuerzo y la comida, sobre todo cuando haya convidados; esperará á su marido, que quizá tendrá á bien concederle á veces una ó dos horas de conversación «y será indulgente con las torpes efusiones de su gratitud». En su ausencia, leerá «á fin de educar su espíritu para hacerse más digna de su compañía y de su trato», y rezará á Dios, á fin de cumplir más puntualmente sus deberes para con él. Richardson bosquejaba aquí el retrato de la esposa inglesa, hacendosa y sedentaria,

estudiosa y obediente, amante y piadosa, y Fielding iba á acabarle en *Amelia*.

Este es un combate; he aquí otro mayor. La virtud, como toda fuerza, se mide por las resistencias, y no hay sino someterla á pruebas más violentas para darle un relieve más alto. Busquemos en las pasiones del país enemigos que puedan asaltarla, ejercitarla y fortalecerla. El mal como el bien en el carácter inglés, es la voluntad demasiado fuerte. Cuando faltan la ternura y la alta razón, la energía nativa se convierte en dureza, en tenacidad, en tiranía inflexible, y el corazón se transforma en una caverna de pasiones malféticas que no se hartan de rugir y desgarrarse. Contra una familia así debe luchar Clarisa Harlowe. Su padre «jamás ha admitido imposiciones ni aun persuasiones»; jamás «ha cedido en un punto en que creyese tener derecho.» Ha aniquilado la voluntad de su mujer, y la ha reducido al papel de criada silenciosa; quiere anular la voluntad de su hija é imponerla por marido un necio brutal y sin corazón. Es jefe de familia, señor de todos los suyos, déspota y ambicioso como un patricio de Roma, y quiere fundar una casa. Se ha hecho firme en esos dos sentimientos rígidos, y truena contra la rebelde. Por encima de las explosiones de su voz, se oyen los clamores furiosos del hijo, especie de alano sanguíneo y fogoso, de hirviente juventud, y agitado por fiebre de rapacidad y de autoidad prematura; los gritos destemplados de la hija mayor, estantigua ordinariota, devorada por el rencor y los celos, y que, desdeñada por Lovelace, se venga de la belleza de su hermana; el mosconeo ingrato de los dos tíos, solterones de inteligencia limitada, vulgares, infatuados por principios con la autoridad masculina; las instancias lastimeras de la ma-

dre, de la tía, de la anciana criada, pobres esclavas tímidas, obligadas, una por una, á convertirse en instrumentos de persecución. «Todos, por un escrito firmado, se han comprometido á llevar adelante su empresa en favor de Mr. Solmes y en defensa de la autoridad del padre.» Ahora el caso es un asunto de política y de guerra. «Puesto que habéis desplegado vuestro talento y procurado quebrantar á todo el mundo, permaneciendo vos inquebrantable, á nosotros nos toca ahora mantenernos más firmes y más compactos que nunca.» Forman «una falanje ordenada en batalla», donde cada convicción robustece las otras con todo su peso. No se trata ya aquí de razonar; las voluntades se han vuelto automáticas. A fuerza de repetirse unos á otros la misma idea, la fijan en su cerebro, y se exasperan cuando alguien trata de quitársela. «Nosotros somos siete, y vos estáis sola. ¿Quién debe ceder: toda la familia ó un solo individuo?» Ella ofrece toda clase de sumisiones. «No, nosotros no nos pagamos de respetos.» La joven consiente en abandonar sus bienes. «No, no queremos transacciones.» Promete permanecer siempre soltera. «No, lo que hemos pedido es el matrimonio con Solmes, y lo que necesitamos es ese matrimonio.» Se han aferrado á ese proyecto, y le ejecutarán. Los compromisos están contraídos; es una cuestión de honor. ¡Una muchacha sin experiencia, sin importancia, resistir á hombres, á viejos, á personas respetables, á toda su familia! ¡eso es monstruoso! Y como brutos que son van adelante ciegamente, apretando el torno con sus estúpidas manos reunidas, sin ver que á cada vuelta acercan esa niña á la locura, á la deshonor ó á la muerte. Ella les suplica, les implora uno á uno con toda clase de razones y de ruegos, inventa concesiones, se arro-

dilla, se desvanece, los hace llorar. Inútil. La indomable voluntad abrumadora echa sobre ella todos los días el peso de su creciente masa. No hay ejemplo de una tortura moral tan variada, tan incesante, tan obstinada. Se afanan en ella como en un trabajo, y se irritan al ver que la joven les hace tan larga la tarea. Se niegan á verla; la prohíben escribir; tienen miedo á sus lágrimas. Arabella especialmente, con el rencor venenoso de una mujer fea ofendida, refina los insultos. «¡La piadosa Clarisa prendada de un libertino! ¡Sus parientes obligados á encerrarla con llave para que no corra á sus brazos! Decidme, querida: ¿qué distribución hacéis ahora del día? ¿Cuántas horas, de las veinticuatro, dedicáis á la aguja? ¿Cuántas á las oraciones? ¿y cuántas al amor? Me figuro, querida mía, que este último artículo es como la vara de Aarón, y devora todo lo demás... Tenéis que doblegaros ó romperos, hija mía; no hay más camino.» Tras esto va por el arpa, y se pone á cantar acompañándose para alardear de indiferencia: «¡Dulce hermana Clary! ¡corazón mío! ¡amorcito mío! ¿acompañaré á vuestra señoría al pie de la escalera? Vamos, niñita displicente, niñita silenciosa, decidme una sola palabra; no tardaréis en decir dos á Mr. Solmes.» Luego, viendo estallar en sollozos á Clarisa, la limpia los ojos con una ternura burlona: «¡Admirable! ¡admirable! ¡un grito de novela, el grito de un tierno corazón que se desgarrar!»—«Mirad: aquí tenéis las muestras de las telas; esta es bonita, pero esta otra es enteramente encantadora. Yo, en vuestro lugar, me haría de ella el traje de boda. ¿Y qué diríais de un vestido de terciopelo? Daría golpe en una iglesia de aldea. ¿Terciopelo carmesí, supongo? ¡cómo hará resaltar una tez tan hermosa como la vuestra! ¿Suspi-

ráis, amor mío? ¡Pues, no digo el terciopelo negro, tan hermosa como sois, con esos ojos encantadores, que brillan como un sol de Abril al través de una nube de invierno! ¿No os dice Lovelace que son encantadores vuestros ojos?» Luego, cuando se la recuerda que tres meses antes no la parecía tan despreciable Lovelace, se sofoca de ira, quiere pegar á su hermana, no puede ya hablar, y grita á su tía con voz sibilante: «¡Vámonos, señora! ¡dejémosla hincharse hasta que reviente con su veneno!» Se cree ver una jauría de perros que persiguen una corza, que la alcanzan, la hieren y se ceban en ella con tanta más ferocidad cuanto que han probado ya su sangre.

En el último momento, cuando la joven cree librarse, empieza una nueva caza, más peligrosa que la otra. Lovelace tiene todas las malas pasiones de la Harlowe, y, por añadidura, genio para aguzarlas y empeorarlas. ¡Qué carácter! ¡qué inglés! ¡que diferente del D. Juan de Mozart ó de Molière! Ante todo, la soberbia insufrible, el deseo de doblegar á los demás, el espíritu militante, la necesidad del triunfo; los sentidos no vienen sino en segundo término. Respeto á una joven inocente, porque sabe que es fácil de vencer, y la abuela le suplica que no la seduzca. Su divisa es «abatir á los soberbios». «A mí me gusta la oposición», dice en otra parte. En el fondo, el primer resorte, el único resorte de todo su ser, es el orgullo, el orgullo infinito, insaciable, insensato. Confiesa que se cree igual á César, y que sólo por puro capricho desciende á conquistas privadas. «¡Que me condene, si quisiese casarme con la primera princesa de la tierra, sabiendo ó sospechando que hubiera podido vacilar un minuto entre un emperador y yo!» Se le juzga alegre, brillante, expansivo; pero esa vi-

veza no es más que una exterioridad; es bárbaro, se burla atroz, fríamente, como verdugo, del mal que ha hecho ó que quiere hacer. Véase de qué manera tranquiliza á un pobre criado, inquieto por haberle entregado á Clarisa: «No te atormentes, mi querido José. Es injusta la fama que me atribuyen. Yo no tengo que censurarme nada respecto de miss Betterton. He llevado luto por ella, aunque estaba en el extranjero entonces: distinción que he concedido siempre á las dignas criaturas que han muerto por mí de sobreparto.» Hay que decir que en ese país los libertinos de la época arrojan la carne humana al muladar. Tal caballero, amigo de Lovelace, engaña á una muchacha inocente, la emborracha, pasa la noche con ella en una casa pública, la deja allí para pagar el gasto, y se frota las manos tranquilamente al saber quince días después que el ama la ha encarcelado y que ha muerto loca. Los libertinos entre nosotros no son más que tunantes (1); aquí son malvados, y la maldad envenena el amor. Lovelace odia á Clarisa más aún que la ama. Tiene un libro en que lleva nota de todas las ofensas que ha recibido de ella y de los Harlowe. Le repasa cuando está á punto de sentirse conmovido; le irrita el que ella se atreva á defenderse. «¡Yo enseñaré á la preciosa niñita á rivalizar conmigo en invenciones; yo la enseñaré á urdir maquinaciones contra su conquistador!» Ambos están en pugna; «los dos van á quien más pueda», sin tregua ni reposo. «Cuando él emprende una cosa ó pone en ella toda su alma, es el mortal más industrioso y perseverante que existe bajo el sol.» La sitia y la asedia; pasa noches enteras alrededor de su casa, da á los

(1) *Memorias* del mariscal de Richelieu.

Harlowe criados que son personas de su devoción, forja historias, introduce personajes supuestos, fabrica cartas. No hay gasto, fatiga, maquinación, ni deslealtad que él rehuya. Todas las armas le parecen buenas. Abre y combina á distancia diez, veinte, cincuenta subterráneos, que van á parar á la misma mina. A todo pone remedio, á todo está preparado, á todo se atreve, desafiando todo deber, toda humanidad, todo buen sentido, y desentendiéndose de las súplicas de sus amigos, de los ruegos de Clarisa y de los remordimientos de su propio corazón. La voluntad excesiva viene á ser aquí, como en los Harlowe, un engranaje de acero que retuerce y tritura lo que debería plegar, hasta que al fin, á fuerza de impetuosidad ciega, se rompe él también sobre las ruinas que ha acumulado.

Contra tales asaltos, ¿qué recursos tiene Clarisa? Una voluntad igual. Ella también está armada en guerra. «Después de un estricto examen de mí misma (dice en cierta ocasión), veo que casi hay en mí tanta sangre de mi padre como de mi madre.» Aunque dulce, aunque propensa á refugiarse en la humildad cristiana, no carece de orgullo; «ha esperado ser un ejemplo para las jóvenes»; es hombre por su firmeza; pero sobre todo tiene una reflexión de hombre. ¡Qué atención sobre sí! ¡qué vigilancia! ¡qué minuciosa é infatigable observación de su conducta y de la conducta ajena! No hay una acción, una palabra, un gesto involuntario ó voluntario de Lovelace que no note, que no interprete y no juzgue con la perspicacia y la solidez de inteligencia de un diplomático y de un moralista. Hay que leer aquellas largas conversaciones en que no se suelta una palabra sin cálculo, verdaderos duelos renovados todos los días,

teniendo delante la muerte, más aún: el deshonor. Ella lo sabe y no se altera; permanece siempre dueña de sí; no se hace ilusiones; combate palmo á palmo, viendo que todo el mundo está por él, que nadie está por ella, que pierde terreno, que perderá más, que caerá, que cae. Y, sin embargo, no se doblega. ¡Qué cambio desde Shakespeare! ¿De dónde viene esa idea de la mujer tan original y tan nueva? ¿Quién ha acorazado de cálculo y heroísmo esas inocentes tan tiernas y abandonadas? El puritanismo hecho laico. Clarisa «nunca ha podido mirar un deber con indiferencia», y se ha pasado la vida mirando á sus deberes. Se ha fijado principios, los ha aplicado á las diversas circunstancias de la vida; se ha provisto, sobre cada punto, de máximas, de distinciones y de argumentos. Se ha cercado, como de múltiples baluartes, de innumerable serie de preceptos inflexibles. No se puede penetrar hasta ella más que destruyendo todo su espíritu y todo su pasado. He ahí su fuerza al par que su flaqueza: porque está tan defendida por sus fortificaciones que se halla presa dentro; sus principios son para ella una celada, y su propia virtud lo que la pierde. Quiere guardar demasiado decoro. Se niega á recurrir al magistrado: sería divulgar discordias de familia. No resiste enfrente de su padre; sería cosa contraria á la humildad filial. No despide á Solmes violentamente y como un perro que es: sería cosa contraria á la delicadeza femenina. No quiere marcharse con miss Howe: eso podría lastimar la reputación de su amiga. Reprende á Lovelace cuando jura: una buena cristiana debe protestar contra el escándalo. Es discutidora y pedante, política y predicadora; aburre; no es mujer. Señorita, cuando hay fuego en una habitación se sale con los pies descalzos, sin

entretenerse en pedir unas zapatillas. Lo siento mucho, pero añado muy quedito que la sublime Clarisa es un espíritu pequeño; su virtud se parece á la piedad de las devotas, literal y nimia. No arrebatada; se la ve siempre con su catecismo de las conveniencias en la mano. No inventa su deber; sigue una consigna; no tiene la audacia de las grandes resoluciones; tiene más conciencia y firmeza que entusiasmo y genio (1). He ahí el inconveniente de estremar la moral, sea la que quiera la escuela, sea el que quiera el fin. En fuerza de regularizar al hombre, se le estrecha.

El pobre Richardson, sin advertirlo, se tomó el trabajo de evidenciar esa verdad, y compuso sir Carlos Grandisson, «el modelo de los *gentlemen* cristianos». Yo no sé si ese modelo ha convertido á mucha gente. Nada tan insípido como un héroe edificante. Este es tan correcto como un autómeta; se pasa la vida pensando sus deberes y saludando. Cuando va á visitar á un enfermo, le preocupa el viajar en domingo; pero tranquiliza su conciencia diciéndose que es para una obra de caridad. ¿Se creería que semejante hombre esté enamorado? Lo está, no obstante, pero á su manera. Por ejemplo, escribe á su prometida: «Y ahora, vos, la más amable y querida de las mujeres, permitidme esperar el honor de una línea diciéndome cuántos días de este enojoso mes tendréis la bondad de reducir. Os deberé eternamente la mayor gratitud por esa condescendencia, sea el que quiera ese día, ese día precioso para mí hasta mi último suspiro, que me dé la mayor bendición de mi vida, y confirme lo que ya soy por siempre, vuestro Carlos Grandisson.» Una figura de cera no sería más correcta. Todo es del mis-

(1) Todo lo contrario de las heroínas de Jorge Sand.

mo gusto. Hay ocho carrozas en la boda, cada una de cuatro caballos; sir Carlos es atento con las personas de edad; en la mesa, los señores, con una servilleta debajo del brazo, sirven cada uno á una dama; la novia está siempre á punto de desmayarse; él se arroja á sus pies en todas las formas: «¡Vamos, amor mío! por consideración hacia mis mejores parientes, recordad vuestra acostumbrada presencia de espíritu; si no, yo, que voy á gloriarme, delante de mil testigos, de recibir el honor de vuestra mano, me inclinaré á lamentar al haber deferido tan gustoso á los deseos de esos respetables amigos de que tuviésemos una celebración pública.» Principian las reverencias, susurran los cumplimientos, el enjambre de las conveniencias revolotea como una bandada de querubines enamorados, y sus devotas alas vienen á santificar las ternuras benditas de la feliz pareja. Llueven las lágrimas: Enriqueta se compadece de su rival sacrificada, y sir Carlos «de una manera dulce, tierna y respetuosa, ciñéndola con el brazo, la coge el pañuelo, sin que ella se resista, para enjugar las lágrimas que corren por sus mejillas.—¡Dulce humanidad! (dice). ¡Encantadora sensibilidad! ¡No reprimáis esa efusión conmovedora! ¡Rocío del cielo (y besa el pañuelo), rocío del cielo, lágrimas de un corazón dulce como el cielo y compasivo como él!» Esto es demasiado; pasa ya de la raya; se dice uno que esas frases deberían ser acompañadas con el bandolín. El mortal más paciente se siente empachado después de tragar, durante tres mil páginas, esas melodías sentimentales y toda esa leche azucarada del amor. Para colmo, sir Carlos, viendo á Enriqueta abrazar á su rival, traza el plano de un templecito dedicado á la amistad que se levantará en el sitio mismo: es el triunfo del *rococo* mitoló-

gico. Por fin, llueven las coronas como en la Ópera, todos los personajes cantan al unísono y en coro las alabanzas de sir Carlos; se le recita su letanía: «¿Cómo no había de ser el mejor de los maridos el que fué el más sumiso de los hijos, el que es el más afectuoso de los hermanos, el más fiel de los amigos, y el que es bueno por principio en todas las relaciones de la vida?» Es grande, es generoso, es delicado, es piadoso, es intachable; jamás ha hecho una acción villana ni un gesto falso. Su conciencia y su peluca están intactas. Amén. Hay que canonizarle y disecarle.

Y usted, mi querido Richardson, aunque gran hombre, usted tampoco tiene todo el talento que sería menester. A fuerza de querer servir á la moral, la perjudica. ¿Sabe usted cuál es el efecto de esos carteles edificantes que pega usted al principio y al fin de sus libros? Desalientan, desimpresionan, se ve al predicador, con sus hábitos negros, salir gangoseando de la vestidura mundana que se había puesto por una hora, y el engaño disgusta. Insinúe usted la moral, no la infija. Acuérdesse de que hay un fondo de rebelión en el corazón del hombre, y que, si se trabaja demasiado visiblemente por emparedarle dentro de una disciplina, se escapa y se va á tomar el aire fuera. Usted imprime á continuación de *Pamela* el catálogo de las virtudes de que da ejemplo; el lector bosteza, olvida su placer, cesa de creer, y se pregunta si la celeste heroína no era un maniquí eclesiástico dispuesto para recitarle una lección. Usted cuenta al fin de *Clarisa* el castigo de todos los malos, grandes y pequeños, sin perdonar uno solo; el lector se ríe, diciéndose que las cosas pasan de otro modo en el mundo, y le invita á usted á insertar aquí, como Arnolphe, la pintura «de las calderas en que van á hervir en el infierno las al-

mas malas». No somos tan tontos como usted piensa. No nos gusta que se ahueque la voz para asustarnos; no tenemos necesidad de que se consigne la lección aparte y en mayúsculas para desentrañarla. Amamos el arte, y usted apenas le tiene; deseamos que se nos agrade, y usted no sueña en tal cosa. Usted transcribe todas las cartas, usted copia todas las conversaciones, usted lo dice todo, usted no perdona nada, sus novelas tienen ocho tomos; por favor, coja las tijeras: sea escritor y no escribano actuario. No derrame usted su biblioteca de documentos en la vía pública. El arte difiere de la naturaleza en que deslía y concentra. Veinte cartas de veinte páginas no revelan un carácter, y una palabra viva lo consigue. A usted le pesa su conciencia en términos de arrastrarle paso á paso por el suelo; usted tiene miedo de su genio, le refrena, no se atreve á proferir en los trances violentos los grandes gritos, las palabras francas. Cae usted en las frases enfáticas y bien escritas; no quiere usted mostrar la naturaleza tal y como es, tal y como la muestra Shakespeare cuando, herida por la pasión como por un hierro candente, grita, se encabrita y salta por encima de sus barreras de usted. Usted no sabe amarla, y en castigo no puede verla.

VI

En su favor reclama Fielding, y ciertamente, al ver sus acciones y su persona, se le hubiese creído hecho expresamente para eso: un mocetón robusto, casi de seis pies de estatura, sanguíneo, con exuberancia de buen humor, leal, generoso, afectuoso y valiente, pero